

El mercado de Teotihuacán visto a través de la propuesta de Gardin

Rosa Brambila Paz*

RESUMEN: *Este texto coincide con la vieja propuesta que aboga por la necesidad de precisar los conceptos y las reglas que expresan sus relaciones; de saber la forma como los arqueólogos hacen sus ligas conceptuales en sus argumentos para comunicarse entre ellos y otros grupos. Se toma la propuesta del doctor René Millon sobre la importancia del mercado en la historia urbana de Teotihuacán.*

ABSTRACT: *This paper deals with the ancient history of logic's archeology. The links between different concepts and terms are still a problem. Rethinking these issues by analyzing René Millon's asserts of the market at Teotihuacan is the example.*

El arqueólogo es un constructor de historias, para ello se basa en restos materiales. Usualmente, el trabajo de campo es colocado en primer término, y es cierto que es una condición necesaria para la práctica de la arqueología; sin embargo, una parte fundamental del núcleo del trabajo arqueológico es la interpretación. Es necesario tener presente que no se puede decir cualquier cosa de cualquier manera sobre el pasado, si se quiere construir una comunidad epistémica. El quehacer interpretativo del arqueólogo hace que sus afirmaciones sean fundamentalmente argumentativas, pero usando el lenguaje común, a diferencia de las matemáticas. Al considerar que la arqueología se apoya primordialmente en la educación, la lógica del razonamiento interpretativo se vuelve un problema importante. Para que un enunciado sea transmitido, difundido y aceptado por la comunidad es preciso conocer la forma del razonamiento.

Han pasado veinte años desde que los arqueólogos se interrogaron sobre las características de su disciplina, el valor de sus conocimientos, el origen y finalidad de sus investigaciones; sobre la organización de su trabajo, el lugar que ocupan en la sociedad, su autonomía o sus relaciones con otras disciplinas, etcétera. En ese proceso se llamó la atención sobre la necesidad de encontrar las fases de la transformación que sufren los datos materiales para llegar a ser enunciados teóricos. A pesar del tiempo transcurrido sigue vigente la necesidad de precisar los conceptos epis-

* Dirección de Etnohistoria, INAH.

témicos y las reglas que expresan sus relaciones; de saber la forma en que los arqueólogos hacen sus ligas conceptuales en sus argumentos para comunicarse entre ellos y otros grupos.

Este trabajo retoma esa vieja problemática mediante el análisis de la propuesta del doctor René Millon sobre la importancia del mercado en la historia de Teotihuacán. Afirmación que se propagó rápidamente en la comunidad científica. En octubre de 2002, René Millon presentó una conferencia magistral en el Museo Nacional de Antropología de México. En su discurso hizo una reseña autobiográfica de sus bases teóricas acerca del urbanismo. Childe, Julian Steward, Wittfogel y Armillas fueron citados como autores fundamentales. Al mismo tiempo, en la conferencia destacó las posibilidades reales de conocer el pasado de la vieja urbe. Además de la formación teórica de Millon es necesario recordar sus más de cuarenta años de fructífero trabajo de campo y sus reflexiones creativas sobre la historia de Teotihuacán. Una de ellas es la afirmación de la existencia del mercado en Teotihuacán como concepto explicativo en el proceso urbano. Esta propuesta se hizo hacia finales de los años sesenta, y una revisión en su contexto académico remite a la historia de la arqueología.

Así como los trabajos generales —Ignacio Bernal [1952a, 1952b] o el del colectivo coordinado por Carlos García Mora [1987-1988]— sobre la historia de la arqueología mexicana también son necesarios los estudios específicos a fin de participar en la continua construcción de la disciplina. El análisis concreto de un aspecto específico permitirá conocer los límites de la disciplina y gracias a ello, será posible intervenir para modificarlos.

En las páginas siguientes es abordado, de forma general, el problema del mercado en la historia de Teotihuacán y el análisis de la propuesta de Millon bajo los lineamientos del Análisis Logicista propuesto por Gardin. Después aparece una breve descripción de la arqueología del último tercio del siglo xx, es decir, el contexto académico arqueológico en que fue creado el Análisis Logicista, tema de la última parte.

EL MERCADO EN LA HISTORIA DE LOS ESTUDIOS ARQUEOLÓGICOS DE TEOTIHUACÁN

Los vestigios arqueológicos de Teotihuacán con frecuencia han despertado el interés de los estudiosos. Desde la conquista española, los cronistas intentaron conocer la historia del lugar; pero sólo lograron reunir datos concernientes a su aspecto mitológico y legendario. No obstante la atracción por este sitio no ha hecho sino crecer, aunque no es sino hasta finales del siglo xix que se iniciaron las investigaciones a partir de las evidencias materiales. Desde entonces Teotihuacán ha sido el objeto de estudios profundos e importantes en los que han participado arqueólogos, historiadores, geólogos, biólogos, artistas plásticos, matemáticos, astrónomos, entre otros. Estas investigaciones han demostrado que durante el periodo Clásico, Teotihuacán:

[...] fue el eje de la historia mesoamericana; si bien estuvo limitado en el ámbito productivo a la Cuenca de México y probablemente el Valle de Toluca, en otros aspectos, como el intercambio y la superestructura, incluyó la región de Puebla Tlaxcala, el Valle de Morelos y la región de Tula. Posiblemente Teotihuacán mantuvo alianzas políticas con centros oaxaqueños como Monte Albán, y mayas, como Tikal [Manzanilla, 2001:203].

En las múltiples pesquisas se aprecia que en el seno de los estudios sobre el origen y la cronología de la cultura teotihuacana, fue privilegiado durante años el análisis cerámico. Por el contrario, respecto al desarrollo de la sociedad, la mayor parte de las interpretaciones se basan en elementos arquitectónicos, urbanísticos, etcétera. De esta manera las interpretaciones sobre esta civilización son muy desiguales.

A pesar de esta importancia y de la gran cantidad de investigaciones, los estudiosos no han llegado a ponerse de acuerdo sobre las dinámicas del desarrollo de Teotihuacán. Algunos tienden a explicar las transformaciones basándose en la vida religiosa de la ciudad, por ello caracterizan al sitio arqueológico como un centro ceremonial [Charnay, 1885]. En la misma línea, otros afirman que es en Teotihuacán donde se creó la primera gran concentración de población con una organización política, identificada como una teocracia. Estos dos enfoques consideran exclusivamente a la religión como el elemento motor de la sociedad.

Frente a estas posturas se encuentran otras corrientes que tratan de escribir sobre los procesos históricos, culturales y sociales de la antigua ciudad. René Millon estableció que Teotihuacán fue una gran ciudad donde se desarrolló la Revolución Urbana de Mesoamérica. Con esta hipótesis, el arqueólogo definió los cambios de la civilización a partir del desarrollo tecnológico y particularmente a partir de la presencia del urbanismo. Esto permitió identificar a Teotihuacán como una sociedad compleja con instituciones sociales, económicas y políticas formales [Millon, 1973]. Obviamente, Millon se apoyó en las propuestas de investigaciones que lo precedieron como las de Holmes [1897] y Armillas [1944], entre muchos otros. Bernal sugirió que Teotihuacán fue la cabeza de un Estado y, posiblemente, de un imperio. La historia de Teotihuacán, dijo el autor, es aquella de la expansión de un centro. Las manifestaciones de esta expansión son perceptibles en el crecimiento demográfico, en la diferenciación socioeconómica de sus miembros y en la expansión de su influencia política [Bernal, 1965, 1966]. Sanders y asociados [1979] construyeron su explicación del cambio social enfocando el entorno geográfico. También McClung [1979] destacó la importancia de los recursos del Valle de Teotihuacán en la dinámica social. Bartra [1975] afirmó que la contradicción entre la sociedad clásica urbana, por una parte, y el raro desarrollo tecnológico de las villas, por otra, es lo que caracteriza la dinámica de la sociedad de Teotihuacán. En este sentido López Austin [1989] remarcó que en Teotihuacán se transformó la identidad de linaje por una territorial.

La coexistencia en Teotihuacán de grupos humanos muy diferentes entre sí llegaría a romper la posibilidad de mantener el sistema general de dominio por sangre —que quedaría limitado a las relaciones internas de cada uno de los grupos componentes de la sociedad teotihuacana— para dar paso a un dominio general por razón de territorio, en el cual el dios patrono de toda la ciudad sería una especie de superposición a todos los dioses de linaje [López Austin, 1996:481 y s].

Además, es probable que la organización de los gobernantes en un cuerpo superpuesto a los grupos de linaje diera origen a una nueva creencia, “la de que los nobles pertenecían todos a un linaje especial destinado desde antes de la creación del mundo —en la noche de los tiempos— a ser gobernantes” [*ibid.*].

En la década de los ochenta se inauguran investigaciones que parten de una concepción global de la sociedad prehispánica. Estos estudios se abocan a la construcción del devenir histórico de la vieja urbe, pero tratando de articular diferentes componentes sociales, el religioso con el productivo, el político con lo económico, la cosmogonía con la organización territorial, etcétera. Entre estos trabajos es posible destacar los coordinados por Rubén Cabrera y otros [1982a, 1982b; 1996] encaminados a la exploración de conjuntos residenciales y algunas cuevas y estructuras domésticas. El mismo Cabrera con George Cowgill trabajó en el Templo de Quetzalcóatl [Cabrera *et al.*, 1996] y con Saburo Sugiyana en la Pirámide de la Luna. Estos estudios están arrojando luz sobre las características del grupo dirigente, los rituales practicados y la cosmovisión puesta en práctica en la construcción de la ciudad. Evelyn Rattray [1993] ha trabajado en el Barrio de los Comerciantes y Michael Spence en el Barrio Oaxaqueño (Tlailotlacan). Ambos trabajos orientan su mirada hacia las formas de interacción de Teotihuacán con otras regiones de Mesoamérica. Linda Manzanilla ha coordinado diferentes excavaciones dirigidas a conocer la organización político religiosa y los modos de vida en varios sectores de la ciudad. Los trabajos en Oztoyahualco y Teopanzolco, son algunos ejemplos.

Las diversas teorías que aparecen al filo de las investigaciones no se sustituyen automáticamente. La mayoría coexisten, aunque contradictorias, a falta de alguna norma o información suficiente para ser definitivamente abandonadas. Actualmente un buen número de investigadores matizan, por lo menos en parte, el punto de vista según el cual las ruinas son los vestigios de una teocracia pacífica, un centro ceremonial vacío. Por el contrario, sugieren que la sociedad era muy compleja y que su organización política se caracterizó por el desarrollo de una organización estatal.

Una de las explicaciones del desarrollo de Teotihuacán es la presencia del mercado, propuesta por René Millon. Desde el final de la década de 1960 y gran parte de los años setenta se aceptó que las relaciones sociales y económicas eran las que podían explicar con mayor precisión el cambio social, la complejidad de los tejidos sociales y la interacción de la sociedad con el medio ambiente. Todas las corrientes contemporáneas que reflexionan sobre Teotihuacán consienten, sin excep-

ción, la existencia del mercado teotihuacano. En efecto, dentro de la literatura especializada como en la difusión, la existencia de un mercado principal aparece como un hecho irrefutable. Así, el mercado figura dentro de la semántica local como un concepto. La importancia que se le ha dado al mercado dentro de la diversidad de opiniones emitidas sobre Teotihuacán motiva, sin duda alguna, un análisis.

En este contexto el intercambio, circulación de la producción, se volvió un factor de distinción importante. Incluso Polanyi [1974] hizo una clasificación de las sociedades según funcionaba la distribución de los bienes. Reciprocidad, redistribución y comercio eran las categorías en que se podía insertar a los diferentes grupos sociales. Fernández [1996:112] resume de la siguiente manera el problema del mercado.

Generalmente cuando se habla de mercado se piensa en el concepto moderno del término, el cual lo define como el lugar en el que se enfrentan la oferta y la demanda. Del encuentro entre una y otra resulta un precio y una cantidad intercambiada. Para los economistas, el mercado es una institución específica con reglas y elementos propios. Para los historiadores y antropólogos, el mercado está representado por un concepto más complejo, en tanto que su forma de operar en el contexto de una sociedad determinada puede variar. En las sociedades precapitalistas, los mecanismos típicos del sistema del mercado están ausentes, los hombres intercambian productos en función de ciertas necesidades, a un precio o equivalente definido y fijo; la oferta y la demanda no intervienen en el valor de las cosas ni tampoco las especulaciones. [...] El modelo de mercado dirigido suele aplicarse a sociedades en las que el dominio político del estado engloba al conjunto del sistema económico. En general, se trata de sociedades con un marco geográfico y demográfico bastante limitado, con una tajante estratificación social y una tecnología y productividad rudimentarias. El mercado aquí se subordina a la economía redistributiva estatal y está sujeto a sus leyes.

Para Mesoamérica, en general, la existencia de mercados públicos se aceptó como un rasgo común. Aunque hoy, dice Fernández, sería más correcto hablar de una presencia desigual del mercado, como sería el caso del área maya donde no se utilizaron los mercados como lugares fijos para el intercambio de bienes de consumo:

[...] no existen pruebas suficientes entre los mayas de las tierras bajas para afirmar que el simple intercambio de bienes de uso general y de poco valor se efectuara en el marco institucional de la estructura de los mercados locales o tianguis, como fue el caso del valle central [*ibid.*:131].

Sin embargo, en el Altiplano Central los intercambios entre productores directos y consumidores tuvieron un carácter importante, se realizaban en días fijos, obligatoriamente, en el interior de plazas públicas o tianguis (*tianquizco*). Éstos se localizaban cerca de los centros políticos, en el corazón del centro urbano anexo a los edificios de gobierno y en espacios públicos ligados al ceremonial religioso y político [Lameiras, 1978]. La experiencia de los mercados en la sociedad mexicana ha

desembocado en dos interpretaciones opuestas, la representada por E. Calnek [1978] que acepta la idea de un mercado libre y la de Pedro Carrasco [1978] que considera al mercado y al tráfico subordinados a la economía política del Estado. Estos enunciados se hicieron con base en la documentación escrita, sin embargo el arqueólogo Millon hizo su propuesta a partir de las evidencias materiales y, al parecer, sin apoyarse en este tipo de datos.

Ciertamente, la propuesta de la existencia del mercado en Teotihuacán se publicó en el artículo "Teotihuacán" del arqueólogo René Millon [1967]. La selección de este artículo, que apareció hace casi cuarenta años, se justifica por sus numerosas reediciones —al menos tres—, debido al hecho de que fue publicado al año siguiente de la mesa redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología sobre Teotihuacán. En fin, este artículo fue elegido porque precede al libro clásico *Urbanización at Teotihuacan, Mexico*, y es una construcción explicativa con una gran aceptación en el mundo académico.

Primero se presenta un resumen breve del texto y de sus conclusiones, enseguida al análisis de la vía o diversas vías emprendidas por el autor para formular sus afirmaciones.

El artículo no tiene cortes explícitos pero puede ser dividido en tres partes. En los primeros párrafos el autor subraya la importancia de la urbe de Teotihuacán al compararla con otras ciudades del mundo. En la segunda parte, habla de la cultura olmeca como la primera estructura compleja en Mesoamérica, pero que no dio lugar a la formación de grandes urbes. Fue en Teotihuacán, dice el autor, donde tuvo lugar la Revolución Urbana. Millon remarca aquí la diferencia entre el nacimiento de las ciudades en Europa, en Mesoamérica y en Perú. En la última parte del texto propone una explicación del crecimiento de Teotihuacán, en función del mercado, mediante los conceptos de cohesión y permanencia social.

El objetivo del trabajo del Millon es proponer una explicación del desarrollo de Teotihuacán. Es, entonces, una construcción explicativa (Ce)¹ cuyos datos de base (Po) son el lugar de la ciudad y su plan urbano; la arquitectura de la habitación y la del Gran Conjunto al centro de la ciudad.

La hipótesis inicial es que el aspecto religioso no es suficiente para explicar el crecimiento de la ciudad. Muchas otras razones fueron propuestas, su ubicación estratégica, la riqueza del suelo, los sistemas de irrigación, los yacimientos de obsidiana, etcétera. El arqueólogo escogió, para este texto, el mercado.

Millon no da una definición del mercado, se apoya en un sobreentendido, en una semántica universal (Su). Él habla del lugar, de la plaza dentro del cual se intercambia los productos. Este mercado se encuentra frente a la Ciudadela junto con la

¹ Estas siglas se refieren a las propuestas de las construcciones lógicas de Gardin [1979, 1981].

que forma el Gran Conjunto. Los datos arqueológicos en los que se apoya Millon para hacer su construcción son:

- Enfrente de la Ciudadela se encuentran dos plataformas que dan entrada a una plaza.
- Las plataformas no tienen acceso directo a la Avenida de los Muertos.

Estos dos datos empíricos se comparan con:

- Las otras construcciones a lo largo del eje principal de Teotihuacán.
- En todas ellas hay una entrada visible a la Avenida de los Muertos.

El resultado fue que las plataformas de marras son las únicas que no llegan a la Avenida, por lo que el espacio que conforman no pertenece a la esfera de lo religioso. Esta afirmación se podría considerar como un primer nivel de interpretación (P1). Para apoyar el carácter no religioso del lugar, se subraya el aspecto sagrado de la Ciudadela, definida como un centro político encerrado en un lugar sagrado. Ahora bien, si la función del espacio no es religiosa, el autor propone que la plaza y las plataformas son edificios administrativos. Esto se podría considerar como una propuesta de segundo nivel de inducción. Afortunadamente el autor pasa a otro nivel interpretativo. La gran plaza albergaba al mercado y las construcciones situadas sobre las plataformas estaban destinadas a la administración del mercado. Hasta aquí se puede decir que la construcción lógica fue realizada de una manera que se podría calificar de impresionista, según nuestra lectura del texto, lo cual no tiene que ver con que la afirmación sea verdadera o falsa.

A partir de la ubicación del lugar donde se encontraba el mercado —principal, agregarían algunos autores— el texto va a presentar al mercado como un concepto operativo en la dinámica de la sociedad del Clásico. Para entender este funcionamiento el autor describe los conjuntos departamentales y sus elementos arquitectónicos. Los arquitectos de Teotihuacán, dice Millon, construyeron los conjuntos para ofrecer un máximo de intimidad (*privacy*) dentro de esta ciudad sobrepoblada, utilizando un concepto semejante al del *atrium* del mundo clásico. Estas áreas residenciales de Teotihuacán debieron ser vistas hacia el exterior como prohibidas, debido a la presencia de los muros altos desprovistos de ventanas. Más adelante sugiere que el estilo arquitectónico pudo contribuir a la permanencia de Teotihuacán como eje de la vida urbana durante quinientos años. Enseguida habla de patios y de la distribución del espacio interior de las habitaciones y afirma que los habitantes de los conjuntos tenían la posibilidad de estar en el exterior estando aislados. Así, según Millon, de los planos arquitectónicos emana el concepto de permanencia, fundado sobre la noción de intimidad.

La pregunta que se puede hacer es ¿de dónde viene la importancia de la intimidad? En el texto no se encuentra ni una definición ni una explicación de eso que el

autor entiende por privacidad. Expresiones tales como: a) los arquitectos construyeron para ofrecer una cierta intimidad, b) un aspecto de prohibido, y 3) los habitantes pueden estar aislados, plasman un modelo, salvo error, de una sociedad industrial.

Este tipo de explicaciones permiten pensar que la semántica universal, como la llama Gardin, es un reflejo de una ideología, metafísica o cosmovisión moderna, plasmada en un lenguaje natural y en teorías generales de lo social que entran en juego en los estudios arqueológicos.

La importancia de la permanencia en función del mercado se entiende, en el texto "Teotihuacán", junto con la idea de cohesión social.

La ruta de este tema se inicia con la pregunta ¿qué tipo de habitantes había en Teotihuacán? La utilización del plural implica ya la diversidad poblacional. Esta heterogeneidad es gracias a la presencia de mercaderes, peregrinos, grupos étnicos o bien por una estratificación social determinada. Analicemos la estratificación social y su relación con la cohesión social.

Millon dice que las concentraciones definidas de materiales en superficie (Po) le sugieren que los grupos de artesanos que trabajaban la piedra, la obsidiana o la cerámica tendían a agruparse (P1) y formaban sus propios barrios (P2). Los habitantes estuvieron unidos entre ellos ya sea por su actividad, por sus ligas de parentesco o por ambos lazos. Un poco más adelante el autor presenta esta forma de organización o grupos corporativos como un intermediario entre el individuo y el Estado. Esto daría peso a la hipótesis según la cual cada uno de los conjuntos habitacionales estuvo ocupado por una misma corporación.

Por consiguiente, Millon afirma que las ligas basadas sobre la corporación, la competencia o incluso las relaciones de conflicto entre los habitantes de los diferentes barrios, pudieron formar un tipo de red social favorable a la cohesión. Para poder seguir el análisis que Millon hace de la cohesión social, es indispensable retomar la noción de lugar de mercado (*marketplace*) que implica una pluralidad étnica.

Regresando a los vestigios arqueológicos, el autor dice que cualquiera que haya sido su función, la ciudadela y el Gran Conjunto representan el corazón de la ciudad, entre los dos forman una unidad majestuosa, el espacio abierto más importante que se haya encontrado en Teotihuacán. Esta conclusión es importante en la medida en que, por medio de la metáfora, el autor confiere un valor al mercado.

Enseguida, Millon dice que el mercado debió contribuir, de una manera importante, al fenómeno de integración de Teotihuacán. El mercado implica la llegada de mercaderes, de viajeros, peregrinos y toda una gama de personas cuyas necesidades básicas (alimentación y alojamiento) eran satisfechas por los habitantes de Teotihuacán. El mercado aparece así como un elemento necesario tanto para los artesanos/agricultores y sacerdotes/gobernantes como para los extranjeros, la paz del mercado les interesaba a todos. Partiendo del hecho de la existencia de

corporaciones, se puede deducir la estabilidad, y el mercado necesita una buena integración social. Estos dos elementos se apoyan en una fuerte cohesión social. Así la cohesión (estabilidad + integración) elimina los problemas que hubieran podido surgir de la pluralidad de individuos, ya sea de origen económico o étnico. Millon remarca que la inversión de esfuerzos de todos por mantener la paz del mercado, tiende a transformarse hacia el año 500 d.C. cuando se asienta la presencia de un poder de carácter militar.

En las páginas anteriores se afirmó que las diferentes interpretaciones, que en nuestros días circulan entre los especialistas, dan por sentado el papel del mercado en la historia antigua de Teotihuacán; mercado como lugar y mercado como intercambio. Después de revisar el texto de Millon podemos pensar que no es suficiente afirmar que las interpretaciones arqueológicas son el producto de una acumulación de datos y de la evolución de técnicas. Jamás se podrá hacer un análisis histórico concreto si consideramos a la arqueología como el simple prolongamiento de los materiales. Al contrario, sin importar el tipo de afirmación que se haga sobre Teotihuacán, la reconstrucción de su desarrollo es el resultado de un proceso de transformación y elaboración de conocimientos; los materiales arqueológicos no demuestran directamente los fenómenos descubiertos. Es por esta razón que, para llegar a sus conclusiones, los arqueólogos deben hacer asociaciones determinadas de elementos que les permiten narrar el devenir de las sociedades del pasado. En la mayor parte de los trabajos sobre Teotihuacán, los elementos que facultan el establecer ligas entre los conceptos y los materiales no son explícitos; cabe preguntarse ¿cómo de descripciones topográficas o simbólicas, de tipologías cerámicas y de análisis químicos los arqueólogos pasan a la formulación de conclusiones sobre las características sociales de antaño? Estas cuestiones nos llevan a otro nivel de interrogación, ¿por qué una afirmación parece más verdadera que otras? ¿Qué distingue lo que es arqueológico de lo que no lo es?

Descubrir por cuáles procesos el investigador pasó de los materiales a las interpretaciones, fue una duda que se planteó de manera explícita, pero en diferentes tonos, en los últimos 25 años del siglo xx. En las siguientes páginas aparece una recapitulación de estos problemas, y el Análisis Logicista es tratado con atención para replantear las formas de hacer la historia de la Antropología Mexicana.

LA ARQUEOLOGÍA DEL ÚLTIMO TERCIO DEL SIGLO XX

Con frecuencia se decía —y aún se dice— que lo que había sido la atracción más obvia de la arqueología, era el placer del descubrimiento, el desenterrar los tesoros perdidos del pasado, la aventura de realizar nuevos hallazgos en tierra ignota; pero en la tres últimas décadas del siglo xx estas aventuras dejaron de ser la parte más interesante de la empresa arqueológica. La tarea real de la arqueología, se decía en aquel tiempo, es un desafío y una justa continua por conseguir inter-

pretaciones que puedan relacionarse con los hallazgos de manera coherente y justificable. Se consideraba como una aventura intelectual más gratificante la tarea interpretativa que la mera consecución de nuevos hallazgos mediante la exploración. En breve, se planteó que la lucha por el significado de los vestigios era el desafío fundamental de la arqueología. Este periodo fue de exploración más que de producción a partir de teorías.

El quehacer de la arqueología fue encaminado para hacer reconstrucciones del pasado en coherencia total con el material arqueológico disponible mediante procesos fidedignos de inferencia. Que el conocimiento de las sociedades antiguas es la finalidad y el sujeto de la disciplina, fue aceptado por la mayoría de los arqueólogos. Sin embargo, las maneras por las que este pasado es susceptible de ser aprehendido y el sentido que le puede ser dado a ese conocimiento, son dos aspectos en los que divergen los arqueólogos.

En aquel momento Binford [1978b] distinguió dos tipos de arqueólogos, los que él llamó los especialistas y técnicos a quienes distinguió de los arqueólogos que hacen interpretaciones y que denominó filósofos sociales. Los técnicos son aquellos que consideran que el desarrollo de los métodos por inferencia depende, en principio, de otras ciencias. Esta es la razón de que se resalte la paleozoología, botánica, geología, química, o de cualquier otra disciplina que trabaje "al servicio" de la arqueología. Sin embargo, con frecuencia nos encontramos con que las inferencias obtenidas de este modo no son ni útiles ni adecuadas para la solución de los problemas arqueológicos. De ahí la frase tan usada de "a preguntas sociales, respuestas sociales". Los llamados arqueólogos filósofos sociales, son aquellos que usan el registro arqueológico para progresar en sus postulados mediante lo que el mismo Binford llamó "argumentos acomodaticios *post hoc*". López Aguilar [1990], en un modelo más racional, propone como dos momentos del mismo proceso cognitivo, el funcionamiento de una Teoría Sustantiva y de una Teoría Arqueológica. De ahí que el arqueólogo adquiera su carácter de sujeto histórico cognoscente.

Esta postura considera al vestigio arqueológico como presente. Es decir, las ruinas están aquí y con nosotros, los hechos observados del registro son actuales y por sí mismos no nos informan del pasado. Entonces el trabajo intelectual es averiguar cómo llegaron a existir esos materiales, cómo se han modificado y cómo adquirieron las características que vemos hoy. Esta concepción siguió diferentes rutas. La más transitada fue la que pretendió imponer una normatividad rígida generada a partir de la exégesis del método científico. La discusión se concentró sobre la relación existente entre el material arqueológico y el proceso sociocultural y, por lo mismo, en la posibilidad para la arqueología de reconstruir ese contexto. Esto implica un aparato conceptual, o según los términos de Clark [1973], una metafísica. Pero sobre todo, significó saber que el arqueólogo es el productor de conocimientos.

Antes, la capacidad de la arqueología para conocer el pasado había sido puesta en duda. Las investigaciones fueron calificadas como subjetivas, arbitrarias y unilaterales [Daniel, 1978; Klejn, 1977]. Esta duda se acentuó cuando los límites de las estadísticas y de la informática fueron, obligatoriamente, reconocidos. Esta tendencia es considerada como escéptica por el mismo Klejn [*ibid.*]. Paralelamente se formó otra tendencia donde no solamente los objetos eran colectados sino también los complejos y los contextos culturales. Esta corriente aporta una visión histórica discontinua y fue nombrada neoanticuarismo por Willey y Sabloff [1974]. Ambas tendencias clasificaban, describían y sistematizaban los materiales, después pasaban a generalizaciones descriptivas; utilizaban, pues, un método inductivo. A estas corrientes se opuso un grupo, mayoritariamente de Estados Unidos, que se reunió en torno al “manifiesto” *New Perspectives in Archaeology*. Sus representantes estaban preocupados tanto por la producción de conocimiento como por su función social. Esta nueva actitud se fundó sobre el postulado de que el pasado es susceptible de ser conocido y comprendido puesto que los vestigios representan una repetición de ciertos fenómenos que regularmente se reproducen. El papel del arqueólogo es, entonces, conocer estas regularidades y tener “capacidad de crear nuevas leyes del comportamiento humano” [Watson, 1976] puesto que los trabajos arqueológicos hacen posible un conocimiento directo de ciertos aspectos de la realidad social [Tabaszynski, 1980]. La arqueología concibe así a las sociedades como fenómenos regidos por leyes, y no únicamente como fenómenos particulares. Esto implica una transformación de las nociones de cultura y sociedad. Una teoría de los fenómenos sociales definiendo las culturas como un proceso, se vuelve necesaria. Estas mismas teorías se pueden agrupar en lo que, como ya se mencionó, López Aguilar [1990] denominó Teorías Sustantivas.

El carácter innovador de estos puntos fue puesto en duda por Willey y Sabloff [*op. cit.*] y Chapman [1980], por ejemplo. Lo cierto es que al confrontarse estas posturas se volvió necesario sistematizar las concepciones de la arqueología; se pusieron al día cuestiones que una vez resueltas, permitieron llegar a una transformación de la práctica académica. En esta era de “autoconciencia crítica”, en palabras de Clark [1973], en la disciplina se reconoció que su dominio se puede defender tanto por las características de las formas de razonamiento, la naturaleza intrínseca de su conocimiento e información como por sus teorías competitivas de conceptos y su relación específica con los materiales de estudio, y la metodología. Ciertamente, la Nueva Arqueología, según la cual uno puede conocer las regularidades del pasado, integra al campo de la disciplina la problemática de la teoría del conocimiento. Aquella corriente se aferró a las propuestas de Hempel concernientes a la formulación de leyes. Esta escuela establece que las tentativas para conocer la realidad se encuentran, principalmente, dentro del diseño de la investigación. La delimitación de los problemas se hace por medio de: 1) una epistemología (hacer explícito lo que hay de

racional en el procedimiento de conocimiento, 2) la formulación de conceptos, y 3) la construcción de modelos. Al adaptar este acercamiento a la arqueología, se estableció que los puntos que deben ser desarrollados, giran alrededor de tres aspectos de la misma unidad, las fuentes, la lógica interpretativa y la teoría que permite esta interpretación. Sólo se hace referencia a los dos primeros, puesto que el papel fundamental de la Teoría Sustantiva fue dejada de lado esencialmente, durante veinte años de confrontación (1968-1988).

Las fuentes o materiales de la arqueología son seleccionados según la estructura y el tipo de preguntas que son formuladas. La información obtenida depende del tratamiento que el investigador le da, varía según los diferentes tipos de análisis. Independientemente de la clasificación de un artefacto según su función, estilo o rasgos tecnológicos, se usa un bagaje teórico. Algunos rasgos del artefacto son seleccionados como relevantes e importantes para la clasificación particular mientras otros son ignorados. "Aun en el simple caso de clasificar un artefacto [...] consideraciones teóricas son necesarias [...] y el arqueólogo que trata con la clasificación debe establecer alguna hipótesis general [...]" [Salmon, 1975, 1976]. Si una teoría es necesaria, ella debe estar siempre presente. Desde este punto de vista, se considera la teoría como preexistente e independiente del material. Con este cariz los límites del conocimiento del pasado, no vienen exclusivamente del registro arqueológico, están ligados a una metodología *naif*, al principio de selección de los vestigios arqueológicos. A partir de estos elementos se señala la intervención directa del sujeto desde la primera etapa del trabajo arqueológico. Incluso la participación del sujeto cognoscente se inicia en el trabajo de campo [López Aguilar, 1994].

Si las fuentes mismas del análisis arqueológico son el producto de una elaboración interpretativa, los mecanismos que la hacen posible, juegan un papel principal.

La lógica de la interpretación o la producción de explicaciones es el terreno donde se intentó, principalmente, demostrar las capacidades heurísticas y cognitivas de la arqueología; y no fundar la credibilidad de una afirmación en el descubrimiento o en el prestigio del investigador, principio de autoridad que rechazó la nueva escuela. En efecto, hasta ese momento, las elucubraciones sobre el pasado, a partir de las evidencias materiales, habían sido evaluadas en relación: 1) con el grado de conocimientos etnográficos susceptibles teóricamente y justificándolo de proyectarse en el pasado; y 2) con el grado de confianza que es posible tener en la competencia del investigador [Binford, 1978 a y b]. Esta forma de aceptar una afirmación se rechazó en favor de uno más eficaz, el método científico. Esta posición dio prioridad a la ortodoxia formal de la verificación de hipótesis a expensas del examen de su propio contenido [Read y Le Blanc, 1978, 1979]. En este sentido no se trató más de una autoridad, pero sí de una garantía, una afirmación fue aceptada en la medida en que garantizó que era válida científicamente. La sanción de una interpretación como científica era igualarla a ser objetiva. La forma en que la Nueva Arqueología aplicó

el concepto de método científico, significó la introducción del afán de objetividad y un rechazo a la inducción. La inducción es la forma lógica en la que la conclusión aporta mucho más de información que las premisas y se refiere a fenómenos no observados, mientras que las premisas se refieren solamente a fenómenos observados, como es el caso del mercado en Teotihuacán. Sin embargo, a partir del análisis del caso de Millon queda claro que la inducción se refiere a los procesos creativos de la elaboración de una hipótesis. En este sentido es imposible establecer reglas y ese proceso creativo no es una garantía de la objetividad de las afirmaciones. Pero el hecho de que entre en juego el sujeto cognoscente no implica necesariamente la verdad o falsedad de la afirmación. Frente a la obligación de adquirir el carácter de científico, todo discurso se propone una alternativa a saber, o la noción dominante de científico es aceptada y entonces el discurso se somete a todos los imperativos formales, metodológicos, lógicos, etcétera o bien, sobre la pretensión de voltear este orden, construye su propio criterio de cientificidad [UNAM, 1979].

La búsqueda de la garantía de la objetividad se encuentra, según esos arqueólogos, en la deducción. Por la vía lógico deductiva, la Nueva Arqueología establece una distinción entre lo arqueológico y lo no arqueológico, sólo son arqueológicas las afirmaciones que son reconocidas por el método científico. También para garantizar la veracidad de una afirmación se consideró necesario crear un modelo. Esto se aceleró pues los intentos de Spaulding, Clark, Litvak y otros por encontrar el patrón utilizando las matemáticas (estadísticas, teoría de conjuntos, informática, etcétera) no tuvieron éxito. La normatividad que se propuso fue la del método hipotético deductivo. En esta forma los pasos a seguir van de una generalización de las hipótesis explicativas a su verificación con el material arqueológico. Un argumento deductivo es aquel cuya conclusión debe, lógicamente, provenir de las premisas; si ellas son exactas, la conclusión también lo será, de esta manera se pueden evaluar los trabajos del arqueólogo [Binford, 1978a]. La fiabilidad de una afirmación se encuentra en la verificación que exige la vía lógico deductiva. Con ello se intentó anular las afirmaciones de un nivel intuitivo. Los juicios construidos con ese rigor lógico, que reemplaza las formulaciones vagas y las expresiones matemáticas, se consideraron válidos. En la década de los ochenta se demostró que la aplicación de esta noción llevaba a una ortodoxia formalista, y que ese orden público era en realidad un caos silencioso, puesto que no todas las interpretaciones históricas estaban aseguradas por el material arqueológico. Es decir, pasando los límites impuesto por el material, el proceso cognitivo se debía revalorizar, ya que la conclusión seguía conteniendo más información que las premisas.

Los planteamientos de la garantía de un saber objetivo entran en contradicción con la subjetividad del sujeto productor de conocimientos. En busca de otro tipo de objetividad se plantea la arquitectura lógica de una construcción como una manera más para formalizar la producción de conocimientos sobre las sociedades del pasado.

Con esta propuesta se afirma la idea de que un saber se elabora a partir de la unión de los datos y de las afirmaciones necesarias a cada investigador. Explicitar y regularizar los pasos intuitivos, largamente implícitos, no puede faltar en un conocimiento sobre la realidad de los fenómenos arqueológicos y la manera en que el espíritu los aprehende. En fin, las condiciones de rigor de toda operación lógica de la arqueología, son las que se podrían controlar. En esta apología a la construcción lógica de conocimiento surge el Análisis Logicista, con el que leímos el trabajo sobre Teotihuacán de René Millon.

Han pasado más de treinta años y muchas de estas discusiones han sido tamizadas por la práctica arqueológica en diferentes partes del mundo. Con la introducción de la lógica borrosa, de la teoría de la complejidad, y la aplicación de fractales algunos de esos problemas han resurgido con fuerza. En los últimos quince años se ha puesto énfasis en la relación entre el observador y sus materiales [Gadamer, 1993], entre el arqueólogo y los vestigios materiales del pasado, el problema de la excavación, del rigor en la obtención de datos [López Aguilar, 1994]. El funcionamiento de la subjetividad en el proceso cognitivo demeritó el problema de la articulación tanto de conceptos como la unión de ellos con los materiales arqueológicos; se dejó de lado la discusión del problema de la teoría y los mecanismos que permiten la interpretación, la lógica del discurso arqueológico que permite ver las capacidades heurísticas y cognitivas de la arqueología. Las teorías que surgieron a partir de los setenta en la arqueología, se apoyaron en la información previa, sin cuestionarla empíricamente [Gándara, 2002, 2003]. A partir de esta época la búsqueda de información novedosa siguió al cambio teórico en vez de precederlo. En efecto, a pesar de las diferentes críticas que se han hecho al marxismo, es innegable que en su parto violentó a la arqueología nacionalista. En la Arqueología Social,² un grupo de arqueólogos latinos propugna para que la actividad arqueológica se encamine al descubrimiento de los fenómenos sociales y no de los objetos. Sin embargo, la preeminencia de la crítica política sobre la crítica científica indujo a este grupo a reiteradas peticiones de principio, cancelando la discusión teórica. Además, sólo parcialmente pudieron convertir sus puntos de vista teóricos en metodologías correspondientes para la investigación empírica. Los nuevos intentos de Bate [2001], Nocete [1989] y de Ruiz y asociados [1998] se dirigen en este sentido.

Tanto en las teorías arqueológicas como en las teorías sociales, la interpretación es sin duda el núcleo del trabajo arqueológico. Este hecho plantea como problemas: 1) la lógica del razonamiento interpretativo, 2) la teoría que permite la interpretación,

² Desde diferentes puntos de vista se han hecho críticas a la arqueología social, por ejemplo López Aguilar [2001].

y 3) la comunicación y formación de comunidades epistémicas. En fin sigue siendo necesario precisar los conceptos y las reglas que expresan sus relaciones.

En el proceso de crear una agrupación con una epistemología compartida, aceptamos que el saber arqueológico se elabora a partir de un sistema de preguntas y no de la acumulación de respuestas, para acotar las improvisaciones que fácilmente se puede hacer cuando se habla de un pasado remoto.

EL ANÁLISIS LOGICISTA

Las discusiones que se dieron durante el último cuarto del siglo xx pusieron de manifiesto que el estudio del pasado no podía sujetarse a reglas fijas impuestas desde fuera. Sin embargo, al mismo tiempo, se aclaró; 1) que sí es un saber especializado, 2) que se distingue de otros conocimientos; y sobre todo, 3) que “no se puede decir cualquier cosa de cualquier manera sobre las sociedades desaparecidas”. Al instaurarse estos principios, los problemas de la validez y de la garantía de una afirmación del pasado se desplazan al quehacer mismo de la arqueología, la interpretación con su argumentación. La forma en que se construye una afirmación es la que le da firmeza a la disciplina. En medio de aquellos esfuerzos por implantar un rigor lógico a la arqueología, se gestó un intento por retomar lo productivo que habían tenido las arqueologías inductivistas y la formalización necesaria propuesta por los deductivistas, el “Análisis Logicista”(AL). El AL es un intento de hacer una racionalización *a posteriori* de las interpretaciones. Con esta propuesta se trata de descubrir el proceso que transforma un dato —material o escrito— en un enunciado. Su origen está en las operaciones secuenciales de la inteligencia artificial y toma forma de propuesta para las ciencias sociales en las publicaciones de Jean-Claude Gardin y Marie Salomé Lagrange. En los primeros intentos se le llamó Análisis del Discurso Arqueológico [Gardin y Lagrange, 1975]. El nombre de AL fue planteado a partir de 1979 en el trabajo de Gardin *Une archéologie theorique* y el de Construcciones Lógicas en la versión en inglés de ese libro. Esta técnica se puso en práctica en varios ensayos reunidos en *La logique du plausible* [Gardin et al., 1981].

El término fue acuñado para remarcar que lo que se proponía era seguir estructuras lógicas, pero sólo a la manera de la lógica formal, sin seguir todos y cada uno de los elementos de la lógica formal. El intento no se enfocó a una reproducción exacta de los pasos que siguió un autor para inferir, ni tampoco de reconstruir aspectos psicológicos del trabajo del escritor, como proponen algunas de las últimas corrientes de la antropología. La propuesta busca formalizar las reglas que expresan las relaciones de los diferentes conceptos que se utilizan en la comunidad académica. La tarea del AL es explicitar los pasos por los que se definen o reconocen los hechos, las normas o sistemas mediante los cuales es interpretada una sociedad en el seno de la explicación arqueológica. Así, descomponiendo los procesos de una explicación se descubre el fenómeno de la transformación de los datos materiales en enunciados

teóricos. En este sentido considera a los trabajos arqueológicos como construcciones con una estructura lógica específica expresada por un lenguaje natural, lo que llama organizaciones lógico semánticas (OLS). Por medio de ellas se pueden conocer las relaciones asociativas. Un texto arqueológico es un andamiaje de propuestas dirigidas a reconstruir los modos de vida de otros tiempos. La esquematización y puesta en forma de los textos retoma la importancia de la necesidad de explicitar los procesos mediante los cuales se alcanza una afirmación. Sin embargo, no existe ninguna pretensión de establecer leyes, sino de poner en evidencia los hechos particulares tomados en cuenta para justificar una inferencia.

En el análisis de la propuesta sobre el mercado de Teotihuacán, se pretende poner en evidencia la estructura y la función de las diversas organizaciones del saber funcional puestos en juego, así como los diferentes niveles de interpretación, como los mecanismos lógicos que la sostienen y que permitieron la construcción de una hipótesis. La intención es definir las operaciones lógicas y semánticas que pasan de la observación de los materiales iniciales a las propuestas finales o viceversa según se trata de un resultado inductivo o deductivo. En la lectura, a la manera del AL, se trató de identificar las secuencias de las afirmaciones, los conceptos teóricos y de dónde provienen (la semántica local o universal), y los elementos de los métodos (inductivos o deductivos) seguidos por Millon. No se encontraron con precisión los medios por los cuales se llegó a la conclusión, pero se hizo evidente que una de las limitaciones del Análisis Logicista es que no considera el carácter histórico de cualquier afirmación.

La función del mercado en la dinámica social de Teotihuacán se definió páginas arriba como una construcción (C) donde se encuentran materiales (M) y las interpretaciones o proposiciones (P). Las cadenas que unen a M y P es el objeto de estudio de AL. Desde la primera descripción de los materiales se considera que ya son el producto de una lectura interpretativa. El texto, después de las descripciones hizo una serie de operaciones sucesivas relativas a los materiales, que son las reflexiones más o menos especializadas sobre el objeto de estudio. En el proceso de transformación vimos que no son únicamente los materiales los que están movilizados, sino que entran en juego elementos como el lenguaje, los conceptos y las teorías. Tratar de hacerlas evidentes significa desplazar los límites cognitivos de la disciplina al expresar los conceptos y las teorías según un cierto rigor lógico. En este sentido se considera suficiente mirar a la arqueología y explicar sus métodos para desarrollar una arqueología formal o simplemente más rigurosa. Por ello, no son criterios ajenos a la arqueología los que van a determinar si una afirmación puede ser aceptada, sino será el trabajo de la arqueología misma. De esta forma el AL se presenta como una tentativa de desplazar la garantía dada al método científico hacia la lógica del trabajo propiamente arqueológico. El valor de un texto arqueológico se va a medir con base en la eficacia que poseen las afirmaciones hechas dentro del dominio

concerniente y en relación con el encadenamiento de los razonamientos. Así, el discurso arqueológico concretizado dentro de las publicaciones será el lugar que va a permitir descubrir los modelos de racionalización.

Diferentes aspectos de la disciplina pueden someterse a análisis (epistemológicos, técnicos, históricos, ideológicos, políticos), todos tiene la misma importancia y forman un todo indivisible. En este estudio, se ha descrito uno de los elementos de los conocimientos adquiridos sobre la etapa clásica del Altiplano Central es decir, la cultura teotihuacana. Con este modesto trabajo se recuerda un camino más a recorrer para poder explicar la constitución de un campo teórico que ha permitido la configuración del perfil histórico del México prehispánico y del indígena mexicano, en general.

BIBLIOGRAFÍA

Armillas, Pedro

1944 "Exploraciones recientes en Teotihuacán, México", *Cuadernos Americanos*, vol. xvi, núm. 4, México, Cultura, pp. 121-136.

Bartra, Roger

1975 *El modo de producción asiático*, México, Era.

Bate Peterson, Luis Felipe

2001 *Una posición teórica en arqueología*, tesis de doctorado, España, Departamento de Prehistoria y Arqueología, Facultad de Geografía e Historia, Universidad de Sevilla.

Bernal, Ignacio

1952a "La arqueología mexicana de 1880 a la fecha", en *Cuadernos Americanos*, vol. 11, México, Cultura, pp. 121-145.

1952b "La arqueología mexicana del siglo xx", en *Memoria del Congreso Científico Mexicano*, vol. 11, México.

1965 "Notas preliminares sobre el posible imperio teotihuacano", en *Estudios de Cultura Náhuatl*, núm. v, México, UNAM, pp. 31-40.

1966 "Teotihuacán ¿capital de un imperio?", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos* núm. xx, México, SMA, pp. 95-110.

Binford, Lewis

1978a "On Covering Law and Theories in Archaeology", en *Current Anthropology*, vol. 19, núm. 3, Chicago, The University of Chicago Press, pp. 631-632.

1978b *For Theory Building in Archeology*, Nueva York, Academic Press.

Binford, R. Sally y Lewis Binford

1968 *New Perspectives in Archeology*, Chicago, Aldine Pub. Co.

Brambila Paz, Rosa

1994 "Fuentes bibliográficas sobre la arqueología de Teotihuacán (1865-1991)", en *Cuadernos de Arquitectura Mesoamericana*, núm. 27, febrero, México, Seminario de Arquitectura Prehispánica, Facultad de Arquitectura, UNAM.

Cabrera, Rubén et al.

1982a *Teotihuacán 80-82. Primeros resultados*, México, INAH.

1982b *Memoria del proyecto arqueológico Teotihuacán 80-82*, México, INAH (Colección Científica, 132).

1996 "Las excavaciones en La Ventilla. Un barrio teotihuacano", en *RMEA*, XLII, México, SMA, pp. 5-30.

Calnek, Edward

1978 "El sistema de mercado en Tenochtitlan", en Carrasco, Pedro y Johanna Broda (eds.), *Economía política e ideología en el México prehispánico*, México, Nueva Imagen, pp. 95-112.

Carrasco, Pedro

1978 "La economía del México prehispánico", en Carrasco, Pedro y Johanna Broda (eds.), *Economía política e ideología en el México prehispánico*, México, Nueva Imagen, pp. 13-75.

Chapman, L.

1980 "Evolution recente de l'archéologie Théorique en Grand Bretagne", en *Nouvelles de l'Archéologie*, núm. 3, pp. 18-28, París, Maison de Sciences de l'Homme.

Charnay, Désiré

1885 *Les Anciennnes Villes du Nouveau Monde. Voyage d'exploration au Mexique et dans l'Amérique Central*, París, Librairie Hachette et Co.

Clark, David

1973 "Archaeology: The Loss of Innocence", en *Antiquity*, vol. XLII, núm. 185, Cambridge, Heffer & Sons Ltd., pp. 6-18.

Cowgill, George

1977 "Albert Sapulding and Archaeological Method and Theory", en *American Antiquity*, vol. 42, núm. 3, Washington, Society for American Archaeology, pp. 325-329.

Daniel, Glyn

1978 *150 Years of Archaeology*, Gran Bretaña, Duckworth.

Fernández Tejedó, Isabel

1996 "Intercambio sin mercados entre los mayas de las tierras bajas", en Lombardo, Sonia y Enrique Nalda (coords.), *Temas mesoamericanos*, México, INAH, pp. 111-134.

Gadamer, Hans-Georg

1993 *Verdad y método*, Salamanca, España, Sígueme.

Gándara, Manuel

2002 "La época moderna (1968-2002). Primera parte", en *Arqueología Mexicana*, vol. x, núm. 58, noviembre-diciembre, México, INAH, Raíces, pp. 8-17.

2003 "La época moderna (1968-2002). Segunda parte", en *Arqueología Mexicana*, vol. x, núm. 59, enero-febrero, México, INAH, Raíces, pp. 8-15.

García Mora, Carlos (coord.)

1987-1988 *La antropología en México. Panorama histórico*, 15 vols., México, INAH.

Gardin, Jean-Claude

1979 *Une archéologie théorique*, París, Hachette (edición en inglés *Theoretical Archeology*, Cambridge University Press, 1979).

Gardin, Jean-Claude et al.

1981 *La logique du plausible. Essais d'épistémologie pratique*, París, Editions de la Maison des Sciences de l'homme.

Gardin, Jean Claude y Marie Salomé Lagrange

1975 "Essais d'Analyse du discours Archéologique", en *Notes et Monographies Techniques*, núm. 7, París, Centre de Recherches Archeologiques, CNRS.

Holmes, William H.

1897 "Ruins of the Valley of Mexico. San Juan Teotihuacan", en *Archaeological Studies among the Ancient Cities of Mexico*, Anthropological Series, vol. 1, núm. 21, publicación 16, Chicago, Field Columbian Museum, pp. 289-298.

Klejn, Leo S.

1975-1976 "Review of New Perspectives in Archaeology", en *Soviet Anthropology and Archaeology*, vol. xiv, núm. 3, Nueva York, International Arts and Sciences Press, pp. 72-96.

1977 "A Panorama of Theoretical Archaeology", en *Current Anthropology*, vol. 18, núm. 1, Chicago, The University of Chicago Press, pp. 1-42.

Lameiras, José

1978 "El mercado y el Estado en el México prehispánico", en Carrasco, Pedro y Johanna Broda (eds.), *Economía política e ideología en el México prehispánico*, México, Nueva Imagen, pp. 347.

1978 "La economía del México prehispánico", en Carrasco, Pedro y Johanna Broda (eds.), *Economía política e ideología en el México prehispánico*, México, Nueva Imagen, pp. 347.

Laudan, Larry

1990 *La ciencia y el relativismo*, Contribuciones al constructivismo, Madrid, España, Alianza Editorial.

López Aguilar, Fernando

1990 *Elementos para una construcción teórica en arqueología*, México, INAH.

1994 "Los datos y su registro. ¿Existe la objetividad en la observación de los hechos?", en *Cuicuilco*, núm. 1, México, INAH, pp. 147-164.

2001 "En sus propias palabras. Reflexiones para la desconstrucción de la arqueología social latinoamericana", en *Dimensión Antropológica*, vol. 23, septiembre-diciembre, México, INAH, pp. 93-156.

López Austin, Alfredo

1989 "La historia de Teotihuacán", en *Teotihuacán*, México, Cicorp, Citibank, pp. 13-35.

1996 "La cosmovisión mesoamericana", en Lombardo, Sonia y Enrique Nalda (coords.), *Temas mesoamericanos*, México, INAH, pp. 471-507.

Manzanilla, Linda

2001 "La zona del Altiplano Central en el Clásico", en Manzanilla, L. y L. López Luján (coords.), *Historia Antigua de México. El horizonte clásico. vol. II*, México, INAH, UNAM, Porrúa, pp. 203-239.

McClung de Tapia, Emily

1979 *Plants and Subsistence in the Teotihuacan Valley A.D.100-750*, Ann Arbor, Ph.D. Dissertation, University Microfilms.

Millon, René

1967 "Teotihuacan", en *Scientific America*, vol. 216, núm.6, San Francisco, Freeman & Co., pp. 38-48.

1973 *Urbanisation at Teotihuacan Mexico*, Texas, University of Texas Press.

Morwood, M. J.

1975 "Analogy and the Acceptance of Theory in Archaeology", en *American Antiquity*, vol. 40, núm. 1, Washington, Society for American Archaeology, pp. 111-116.

Nocete Calvo, Francisco

1989 *El espacio de coerción. La transición al Estado en las Campiñas del Alto Guadalquivir (España) 3000-1500 a.C.*, Oxford, Gran Bretaña, BAR (Monographs on Spanish and Portuguese Archaeology, 1).

Polanyi, K.

1974 "L'économie en tant que procès institutionnalisés", en *Les systèmes économiques dans l'histoire et dans la théorie*, París, Larousse Université, pp. 239-261.

Rattray, Evelyn Ch.

1993 *The Oaxaca Barrio at Teotihuacan*, Puebla, Universidad de las Américas.

Read, Dwight y Steve A. Le Blanc

1978 "Descriptive Statement Covering Laws and Theories in Archaeology", en *Current Anthropology*, vol. 19, núm. 2, Chicago, University of Chicago Press, pp. 307-317.

1979 "More on Covering Laws and Theory in Archaeology", en *Current Anthropology*, vol. 20, núm. 1, Chicago, University of Chicago Press, pp. 181-184.

Ruiz, Arturo, M. Molinos y C. C. Riskey

1998 "Paisaje y territorio mundo: dos dimensiones de una misma teoría arqueológica", en *Arqueología Espacial. Arqueología del paisaje*, España, Teruel, pp. 21-32.

Salmon, Merrilee H.

1975 "Confirmation and Explanation in Archeology", en *American Antiquity*, vol. 40, núm. 4, Washington, Society for American Archaeology, pp. 459-464.

1976 "Deductive Versus Inductive Archaeology", en *American Antiquity*, vol. 41, núm. 3, Washington, Society for American Archaeology, pp. 376-381.

Sanders, William, Robert Santley y Jeffrey R. Parsons

1979 *The Basin of Mexico. Ecological Processes in the Evolution of a Civilization*, Nueva York, Academic Press.

Schnapp, Alain

1980 *L'Archéologie Aujourd'hui*, París, Hachette.

1997 "Orígenes de la arqueología", en *Desarrollo perspectivas de la arqueología europea*, simposio, México, INAH, mecanuscrito.

Spaulding, Albert

1957 "Review of Method and Theory in American Archaeology", en *American Antiquity*, vol. 23, núm 1, Washington, Society for American Archaeology, pp. 85-87.

Tabaczynski, Stanislaw

1980 "Sur l'archéologie théorique dans les pays de l'Europe Centrale et Orientale", *Nouvelles de l'Archéologie*, núm. 3, París, Maison de Sciences de l'Homme, pp. 29-49.

Trigger, Bruce

1978 "No Longer from another Planet", en *Antiquity*, vol. 52, núm. 206, Cambridge, Heffers Printers, Ltd., pp. 193-198.

1980 "Archaeology and the Image of American Indian", en *American Antiquity*, vol. 45, núm. 4, Washington, Society for American Archaeology, pp. 662-676.

1992 *Historia del pensamiento arqueológico*, Barcelona, España, Crítica.

UNAM

1979 "La función ideológica de la noción de ciencia", en *Comunicación Interna*, núm. 2, México, Departamento de Matemáticas, UNAM.

Watson, Richard

1976 "Inference in Archaeology", en *American Antiquity*, vol. 41, núm. 1, Washington, Society for American Archaeology, pp. 58-66.

Wiley, Gordon R. y Jeremy A. Sabloff

1974 *A History of American Archaeology*, Londres, Thames and Hudson.